

BIBLIOTECA

José Martí

La Guerra Social en Chicago



846
4
6
89

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

CUADERNOS DE EDUCACION SINDICAL

Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Autónoma de Nuevo León

846

4

6

89

COMITE EJECUTIVO 1988-1991

PROFR. RODOLFO DE LEON GARZA

Srio. General

C. P. ALFREDO ROMERO OYERVIDES

Srio. de Organización

LIC. MARCOS CANTU SILVA

Srio. de Previsión Social

ING. NOE HORTIALES PACHECO

Srio. de Finanzas

LIC. CESAR GONZALEZ CABALLERO

Srio. de Trabajo

LIC. BENJAMIN SOLIS VASQUEZ

Srio. de Prensa y Propaganda

PROFR. JOEL MONTEMAYOR SOTO

Srio. de Pensiones y Jubilaciones

LIC. JOSE A. MORENO MORENO

Srio. de Conflictos

C. P. LUIS CESAR CARDENAS C.

Srio. de Analisis, Estudios y Estadística

LIC. JOSE RESENDIZ BALDERAS

Srio. de Educación Sindical

ING. RAYMUNDO OMAÑA FAZ

Srio. de Seguridad y Asistencia Social

PROFR. JOSE A. GAONA MORALES

Srio. de Acción Política

LIC. JOEL SERNA MOYA

Srio. de Promoción Cultural y Artística

LIC. FRANCISCO DE LA ROSA MARTINEZ

Srio. de Relaciones

DR. OFELIO GARZA RODRIGUEZ

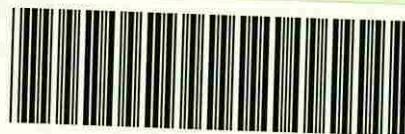
Srio. de Actas y Acuerdos

LIC. FRANCISCO JAVIER IZAGUIRRE

Asesor Político

LIC. JOSE C. FERNANDEZ QUIROGA

Asesor Jurídico



1020144694

José Martí

La Guerra Social en Chicago

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUADERNOS DE EDUCACION SINDICAL

Sindicato de Trabajadores de la
Universidad Autónoma de Nuevo León

m

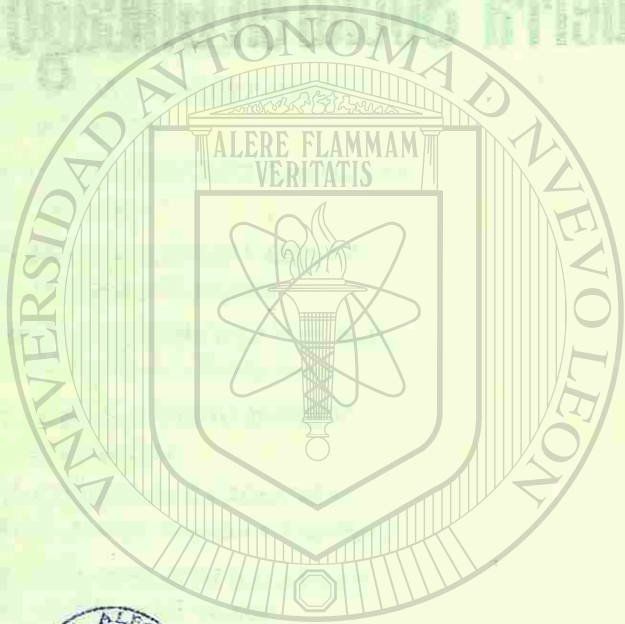
248279

HX846

.C4

M36

L989



FONDO
UNIVERSITARIO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PALABRAS PREVIAS

Con la edición del presente folleto, que aparece dentro de la serie Cuadernos de Educación Sindical, el STUANL reafirma su ideario de llevar a los trabajadores universitarios el conocimiento mínimo necesario respecto a los hechos históricos en que la clase trabajadora ha sido la principal protagonista.

El material que hoy reproducimos: la Guerra Sindical en Chicago, del ilustre pensador y humanista cubano José Martí, apareció por primera vez en el periódico La Nación, de Buenos Aires, Argentina, el primero de enero de 1888.

Es decir, hace poco más de cien años que Martí dió a la luz pública este material bajo el título de "Un drama terrible".

Para la presente edición se ha utilizado la Antología General, de José Martí, publicada por la UNAM y la SEP en 1982.

Profr. Rodolfo de León G.

L2-I-05 J.N.

*Anarquía y represión. El conflicto y sus hombres.
Escenas extraordinarias. El choque. El proceso.
El cadalso. Los funerales.*

Nueva York, 13 de noviembre de 1887

Señor Director de la Nación:

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acababan de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar por la muerte de sus seis obreros, a mano de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y

ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más y abrió en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la Guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La república entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de un abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solas contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al gobernador del estado, anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, salvara a la sociedad amenazada.

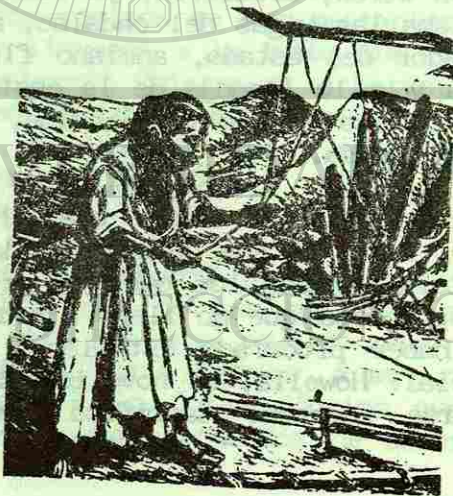
Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos;

Adler, el pensador cauto y robusto que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaniaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.



Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperaban ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

En el oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, estreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el oeste y en su metrópoli Chicago, sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la república y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio a la justicia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo

y consumiéndose como la lava, en hombres que, por lo fervido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. *¡Para el revolucionario, dijo Saint-Just, no hay más descanso que la tumba!*

¿No lo decía Desmoulins? Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?

Júzganse como bestias acorraladas. "Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. *Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos. No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros.*

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas. *¡América es, pues, lo mismo que Europa!*

No comprenden que ellos son mera rueda del engrane social, y hay que cambiar, para que ellas cambien todo el engranaje.

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres erguidas y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Este mundo es horrible: *¡créese otro mundo!*; como

en el Sinaí, entre truenos: como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre: *¡mejor es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!*

Un joven bello, se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta a una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estampido de la revolución social de Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

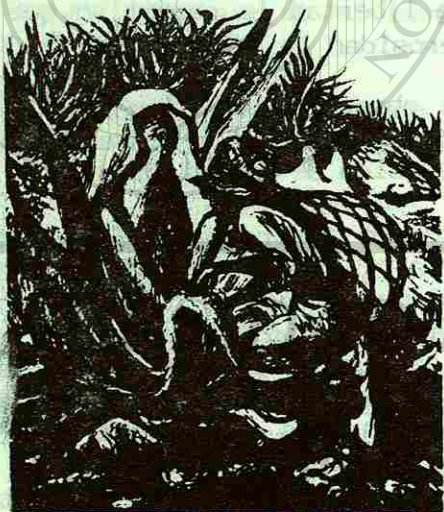
Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejercicio de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre dos mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar, *¡de que son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!*

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por lo que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas, castigándolos, negándoles el trabajo que para ellos

es la carne, el fuego y la luz; echábamos encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o algún niño; reducíanlos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados sólo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos, y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.



Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la presidencia de la república, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía después de él, romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla de palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, todos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del *Arbeiter Zeitung*, escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el *Alarm*, el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando

la policia acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro la tribuna vaci-
lante de las revoluciones, y con el horrendo incenti-
vo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como
un carcaj de fuego. Se iba luego solo por la calles
sombrias.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anar-
quismo en pie de guerra, él a la cabeza de una compa-
ñía.

El iba de un grupo a otro: él asistía al comité
general anarquista, compuesto de delegados de los
grupos: él tachaba al comité de pusilánime y trai-
dor, porque no decretaba *con los que somos, nada más
con estos ochenta que somos* la revolución de veras,
la que quería Parsons, la que llama a la dinamita
"sustancia sublime", la que dice a los obreros que
"vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas
de State Street, que son suyas las tiendas, que todo
es suyo": él es miembro desde que un ataque brutal
de la policia, que dejó en tierra a muchos trabajado-
res, los provocó a armarse, a armarse para defender-
se, a cambiar, como hacer cambiar siempre los ata-
ques brutales, la idea del periódico por el rifle
Springfield. Engel era el sol, como su propio rechon-
cho cuerpo: el "gran rebelde", el "autónomo".

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los
arrozuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al
hombre en los años gloriosos de la juventud, sino
que criado en una ciudad alemana entre el padre invá-
lido y la madre hambrienta, conoció la vida por don-
de es justo que un alma generosa la odie. Cargador
era su padre, y su madre lavandera. Acababa de lle-
gar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en
los demás es palabra, en él será acción: él, él so-
lo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres
de ciega energía, el hombre, ser fundador, sólo para
libertarse de ella halla natural dar la muerte.



Y mientras Schwab, nutrido en la lectura de los
poetas, ayuda a escribir a Spies, mientras Fielden,
de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando
las almas al conocimiento de la reforma verdadera,
mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en
un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los
que uno lo ha de traicionar, fabrica bombas, como
en su "Ciencia de la guerra revolucionaria" manda
Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el
Alarm, rellena la esfera mortal de dinamita, cubre
el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre
la mecha que en lo interior acaba en fulminante, y,
cruzado de brazos, aguarda la hora.

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio a Spiess, el hombre de idea, irresoluto y moroso: Spiess, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aun en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaba la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Lingg, veían su jefe propio. Engel, contento de verse en guerra con el universo, medía su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spiess, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohíbe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Engel: - *ha llegado la hora*: Spiess: - *habrá llegado esta terrible hora?*: Lingg, revolviendo con una púa de madera arcilla y nitroglicerina - *¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora!*: Fielden, que ve le vantarse, contusa y temible de un mar a otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos sólo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite: - *sí, amigos, si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora.*

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravezados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien hecha pe

rrros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la Orden de los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se podría sin envasadores que lo amortajaran, mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las cegadoras de McCormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo: ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?

Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas miserables que se destacan como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

¡A las armas, trabajadores! dice Spiess en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose: *¡a las armas, contra los que os matan porque ejercitáis vuestros derechos de hombre!* *¡Mañana nos reuniremos -acuerdan los anarquistas- y de manera y en lugar que les cueste caro venceremos si nos atacan!* Spiess, pon ruhe en tu Arbeiter: Ruhe quiere decir que todos debemos ir armados. Y de la imprenta del

Arbaiter salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

En respuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten: *¡huimos sin disparar un tiro!* dicen unos; *apenas intentamos resistir;* dicen otros; *nos recibieron a fuego raso,* dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza: otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al razar la carne, la habían rebanado como un cincel.

¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastrera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de "la medicina", y de un rival suyo, de Paulus el Grande "que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch". A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Lingg, de su cueva: ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver, el policía lo abraza: y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizamí lleno de tuercas, escoplos y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga: ¡ni inglés habla siquiera es

te mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

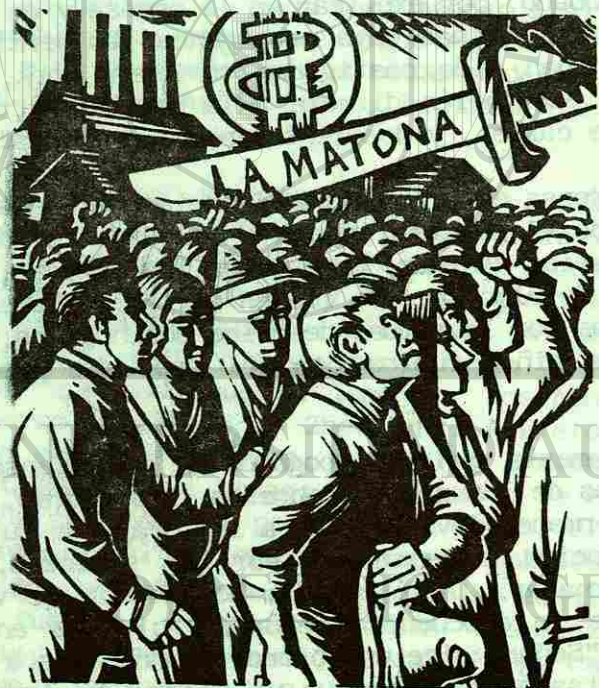
¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que remata se en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjurio.

Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; ¡y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel, y doscientos pesos de multa!

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas, sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. ¡Allí, en la hora real, se vió el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frasas ante la muerte! "Señor, dice un obrero, ¿condenarás a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no

han querido condenar a la policía de Pinkerton, por que uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero?" Sí: el gobernador los condenará; la república entera le pide que los condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros?: ¿de modo que esa alma feroz quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo?, ¿a quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?



Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias, con la escopeta al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclado de vez en cuando a un repique de llaves, por sobre el golpeo incesante del telégrafo que el Sun de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre, por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. "¡Oh, las cuerdas son buenas: ya las probó el alcaide!"

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiendo en las palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo. Spies a medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va a emprender el vuelo. El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre los lances curiosos de su vida de conspirador. Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de lóbregos muro parecían, como el bíblico, vivos en medio de las llamas, cuando el ruido improviso, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaide y los carceleros que aparecen a sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncian, lo que oyen sin inmutarse, que es aquélla la hora.

Salen de sus celdas al pasadizo angosto: "¿Bien?" - "¡Bien!": Se dan la mano, sonríen, creen. "¡Vamos!" El médico les había dado estímulos: a Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero: les echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca: ¡Abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcaide, lívido: a lado de cada reo, marcha un corchete. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica al frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros; Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones. Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cuerdas colgantes, las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza, el de Parsons, orgullo radioso; a Engel, que hace reír con chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: "La voz que vais a sofocar se

rá más poderosa en lo futuro, que cuantas palabras pudiera yo decir ahora." Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: "¡Este es el momento más feliz de mi vida!" "Hurra por la anarquía" dice Engel, que había estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas. "¡Hombres y mujeres de mi querida América!..." empieza a decir Parsons. Una señal, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa, y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere safar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada, y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amaratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vió pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas, -y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto-, y sociedades, gremios, vereins, orfeones, diputaciones, trescientas muje

res en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

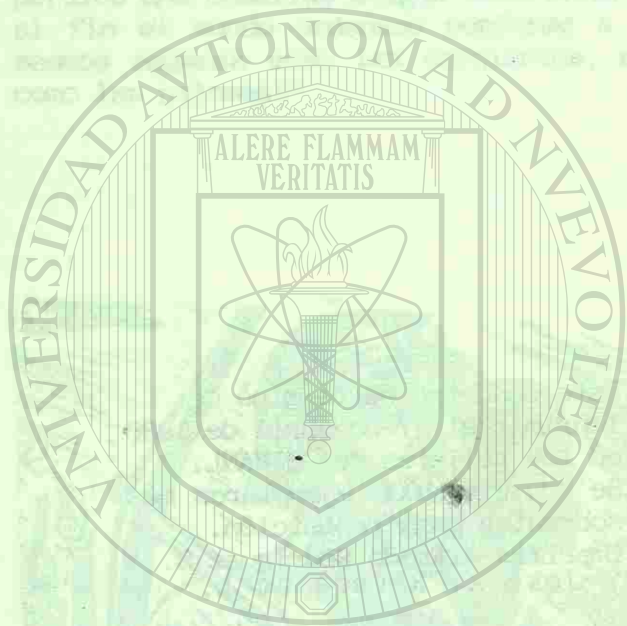
Y decía el Arbeiter Zeitung de la noche, que al entrar a la ciudad recibió el gentío ávido: "¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!"



Este cuaderno se terminó de imprimir el 27 de abril de 1988 en los talleres del STUANL. Se tiraron 1000 ejemplares más sobrantes para reposición. Imprimió Alfredo Rodríguez S. y José A. Rivera de L.

una escuela, con respecto al hecho, que el docente
trabaja y colabora con los alumnos en pedro en
una escuela.

Y hacia el profesor de la noche, que al
entrar a la ciudad, ve al niño que dice: "Hoy
perdió una batalla, pero la batalla, para vencer
al fin de la guerra, a la justicia
nada, a la justicia, a la justicia
nada."



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUADERNOS DE EDUCACION SINDICAL

PROFR. RODOLFO DE LEON GARZA
Srio. General

LIC. BENJAMIN SOLIS VASQUEZ
Srio. de Prensa y Propaganda

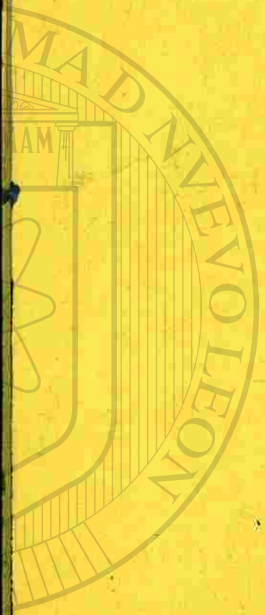
LIC. JOSE RESENDIZ BALDERAS
Srio. de Educación Sindical

LIC. MARIANO AYALA
Pdte. de la Comisión Editorial

CONSEJO DE REDACCION:

MARGARITO CUELLAR
MARTHA LIEVANO
ROBERTO MALDONADO ESPEJO
RENE ALONSO
JOSE LUIS ALMANZA





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HX
.O
M3
19